

Snobismos

Diversos son los caminos que pueden conducir a la formación del aficionado a la música swing. Posiblemente, infinidad de ellos jamás se preguntaron ni analizaron la clase de reacciones que determinaron en ellos un súbito y progresivo apasionamiento hacia esta música, que los sapientes califican de liviana e intrascendente. Ocurrió sencillamente, que se sintieron atraídos irresistiblemente por la poesía y el enorme poder de sugestión de unos nuevos ritmos, que, en poco más de medio siglo, han hallado infinidad de seguidores en todo el orbe. Nadie, ni los más reacios, pueden negar ya la proyección universal de esta música, que ante la indiferencia de la afrancesada ciudad de New Orleans, unos negros sencillos y humildes dieron a conocer. Si nos despojamos de ridículos prejuicios, no intuimos la razón que se oponga a que nos dejemos llevar por el embrujo de una música bella, y que ella nos apasione e interese en mayor grado, que otras formas de expresión que ya poco nuevo nos pueden decir.

No debemos, pues, reprocharnos el no haber analizado concienzudamente el por qué amamos a esta música. Ciertamente, cuando se pretende analizar un afecto, es que éste, irremediabilmente, ha dejado de existir.

Ello, en lo que se refiere a los buenos aficionados, a los enemigos de las estridencias y efectismos, de las interpretaciones standard y de los conjuntos de opereta. El tipo de aficionado, en suma, desconocido por los detractores del jazz. Otros mal llamados cultivadores de este género, cuyas excentricidades son explotadas para justificar la enemiga de los que nos consideran como seres semi-salvajes, son precisamente, los que no cuentan para nosotros. Son los que buscan en esta música las sensaciones propias de un estupefaciente para sus sensibilidades embrutecidas, los que vienen espoleados por americanismos trasnochados y que asocian al jazz con el vaso de whisky, las blond girls y el pedazo de goma en las mandíbulas. El tipo de «hot fan» de barra de bar, es más aficionado a este último que al primero.

Existen, entre los que se titulan aficionados, algunos ejemplares que difícilmente se les puede considerar como tales. Uno de ellos, es el *pollo hot*, que se las da de entendido. Para doctorarse, exhibe una corbata multicolor, una cabellera alborotada, un gesto entre fatigado y aburrido y empleando unos adjetivos de difícil digestión. Las audiciones de Jazz clásico, les aburren soberanamente, las soportan con la resignación que soportarían una tarea ingrata. Sus conocimientos musicales, sus preferencias, les llevarían indefectiblemente a la definición napoleónica, «la música es el menos desagradable de los ruidos». En ellos, la supuesta afición a la música de Jazz, más que por una secuencia emotiva, viene determinada por el afán de

adoptar una *pose* interesante. No hay más que verles en todas partes donde suena música sincopada, buena o menos buena, acompañando con gestos ridículos y epilépticos la audición. A menudo, observaréis que lo más vulgar y adocenado provoca en ellos un desbordante entusiasmo. Entre ellos, no es raro encontrar una carencia absoluta del sentido del ritmo. La mayoría de las veces, bailan a des-tiempo, con alegre y despreocupada independencia de la música que están escuchando. Se limitan a reproducir como muñecos mecánicos, unos pasos y unos gestos impersonales.

Hay otros aficionados, que erróneamente consideran una actitud de desdén hacia las creaciones de los grandes clásicos, como demostrativa de su perfecta asimilación a la música de Jazz. Esta actitud nos demuestra, ante todo, su absoluta incapacidad para percibir la belleza en cualquiera de sus manifestaciones. El Arte posee innumerables formas de expresión. La música es Arte. Una de las más exquisitas manifestaciones artísticas de todas las épocas. Pretender ignorar las páginas bellísimas que nos han legado músicos insignes, es una solemne estupidez, que un genuino aficionado a la música de Jazz no cometerá jamás.

Este alegato, tiene doble filo. En ningún caso un perfecto melómano rechazará escuchar las mejores grabaciones swing. Su afinado sentido artístico, sabrá percibir sin duda alguna la emotividad que se desprende de los ritmos negros, de sus canciones de ribera, de sus himnos religiosos, sobre cuya base los mejores compositores de jazz nos han dado algunas obras, cuya grandiosidad ya no pretende negar ni el eminente Toscanini, como ejemplo.

Creemos que ha llegado la hora de desvirtuar los falsos conceptos que muy a la ligera se nos han atribuido. Consideramos una ingenuidad que por parte de algunos quiera persistirse en presentarnos como seres anormales, poseídos de extrañas manías con reminiscencias africanas. Poseemos un sentido universal del Arte, sin distingos de razas ni de procedencias. Nos hemos apasionado por el Jazz, por su vivacidad, por su constante evolución en busca de mejores formas de expresión. Porque posee en la improvisación, donde nunca se dirá la última palabra, su mejor incentivo. Por todo ello los aspavientos que puedan originar los lamentables snobismos nos tienen sin cuidado, al igual que los que se rasgan las vestiduras ante lo que llaman «la locura del hot», sin querer preocuparse para conocer mejor esta música y discutirla con mejor base de juicio. Es más cómodo seguir tocando el disco gastado de las opiniones ajenas y estigmatizar por hábito.

A pesar de ellos, y de los otros, los pseudo-aficionados, el Jazz es cada día más y mejor conocido. Al culto de su belleza, se entregan gustosos los que prendidos por él, ya saben que nunca más se han de sentir defraudados.

J. V. G.

DON PEPE Y EL MOSQUITO, por Ventura

